

(In)finitud y obra de arte

Ferrán Lloret Cabot

(Desde luego) lo que aquí sigue¹ puede tener la apariencia de versar sobre algo, sin duda, muy dicho, en el sentido de que serán, como no podía ser de otra manera, cosas muy repetidas y trilladas las que se tomarán en consideración, lo cual no impide, quizá sea precisamente exigencia misma de su carácter, que puedan una y otra vez volver a ser pensadas de manera radical, y con ello sólo quiero apuntar a cierta manera de asumir, a saber, con todas sus consecuencias, algunos de los presupuestos que nos constituyen. Espero poder decir algo más sobre ese “nosotros”, pero ya de entrada no cabe en ningún caso pensarlo como algo referido a alguna pluralidad de *yo es* o términos similares, sino, más bien, a cierto ámbito o mundo (o tal vez ausencia de mundo) que tal vez logremos reconocer como propio.

Puede ayudarnos a ello servirnos de cierta caracterización de lo moderno como el ámbito en el que cada cosa tiene que ser cambiante en general, o sea: tiene que ser mercancía. Suele entenderse por “mercancía” aquello que es cambiante por otras cosas *de facto*, aquello que efectivamente cambiamos o podemos cambiar en ciertos lugares destinados a tal efecto; sin embargo, aquí se entenderá por “mercancía” algo sustancialmente distinto. Pues entender la mercancía como la cambiabilidad en general, como aquella cosa que es cambiante en general, esto es, cambiante por otra cosa cualquiera, entenderla como aquello que de suyo siempre tiene contrapartida en cualquier posible cambio, convierte inmediatamente a todas las demás cosas en mercancías; digamos: que por el mismo concepto de mercancía, no puede haber una sola cosa o grupo de cosas que aisladamente del resto sea o sean mercancía en un mismo ámbito, quedando en el mismo ámbito cosas que no lo sean; puesto que si hay una cosa que es mercancía, por la misma exigencia del concepto, comporta que toda cosa debe serlo, que toda cosa es *de iure* mercancía en el ámbito en que

¹ Esta reflexión es producto de una determinada perspectiva de lectura de ciertos textos de Kant, Marx, Heidegger y Benjamin a la luz de una particular concepción de la “Historia de la Filosofía”, a saber, la desarrollada y expuesta a lo largo de toda la obra de Felipe Martínez Marzoa. Sin ella ninguna de estas líneas hubiese sido siquiera pensable, esto es, posible.

hay mercancía. Luego, nos damos cuenta que el ser o no ser mercancía no es alguna cualidad que tengan algunas cosas y a otras les falte, sino que más bien es algo que afecta a todas las cosas en general, a todas sin exclusión; luego eso de mercancía es algo mucho más serio de lo que el hablar habitual asume, es algo que por sí mismo constituye un ámbito, esto es, aquel ámbito en el que una cosa para ser considerada cosa como tal, para ser legitimada como cosa en cuanto tal, para ser sencillamente cosa, tiene que ser en principio, de suyo, cambiante por cualquier otra cosa, y eso en general: para cualquier cosa. La cosa tiene que ser mercancía.

Esto tiene sin duda graves consecuencias, pero nos interesará por el momento, reconocer que aquello que se reclama en ese ámbito para el ser de cada cosa, esto es, el puro cambio en general, esto es, el uno y otro y otro y otro... y así la indefinidamente secuencia de cambios; eso que se reclama como principio constitutivo del ser propio de cada cosa, a saber, su universalidad, comporta precisamente la ausencia de cosa. Esa exigencia para el ser propio de cada cosa, comporta simple y llanamente, su desaparición como cosa, su descualificación; pongamos: la exigencia de cambio en general comporta la pérdida inexcusable de la singularidad de cada cosa, ya no se trata de esta cosa sino de una cosa como esta; la exigencia de cambio en general comporta que las cosas han de ser de suyo producibles, de suyo repetibles y, con ello, su irremediable pérdida en cuanto cosas; y al decir esto, algo grave acaba de ser reconocido pues, ¿desde dónde se está situado para percibir esa posible pérdida? ¿Si, como aquí se ha asumido y no podía ser de otra manera, el único ser que hay para ese ámbito, aquello que hace de la cosa, cosa, caracterizado por el momento con esa fórmula de la exigencia del cambio en general con todas sus consecuencias, si ese es precisamente el ser que constituye ese ámbito, esto es, el único que hay, de dónde sale, digamos, la posible comparación entre “seres” que resuelve en pérdida al propio ser moderno? Mas: ¿desde dónde se está hablando en este mismo discurso? No desde luego desde otro sitio que el único que hay, esto es, desde la Modernidad, pues este discurso asume como propios (no hay otros) los supuestos constitutivos de esta, pero sí: ciertamente en algo así como desde un cierto distanciamiento de ella. Tal vez en lo que sigue se logre aclarar algo sobre ese estatuto siempre problemático de esa distancia inherente al término filosofía.

Conviene retener para lo que sigue esa caracterización de lo moderno como el ámbito en el que cada cosa tiene que ser mercancía y lo que ello comporta, pero quizá pueda ayudar a su comprensión encontrar lo mismo bajo otra caracterización que solo aparentemente puede considerarse más próxima (puesto que en el fondo se trata de lo mismo) al problema al que nos dirigimos. Es todo eso de que para que alguna cosa, algo, pueda ser considerado conocimiento, esto es, legitimado en cuanto conocimiento, se reclama a lo largo de toda la modernidad, que ello sea conceptualizable, tematizable. Así, lo que con ello se reconoce es que en toda presencia de algo hay algo más que la mera presencia inmediata, algo del tipo de una subsumción a alguna representación universal, hay a la vez la constitución de un contenido que no es ese contenido inmediato sino un universal bajo el que este se subsume; un universal que no es válido sólo para ese caso, sino que es válido para ese y otro y otro y otro, y así indefinidamente; estructura esta que ya reconocíamos en la formulación-mercancía.

Pues bien, no tiene nada de casual el que precisamente a eso que siempre se queda atrás en el conocer, eso necesariamente anterior a ello, eso en cuyo perderse se constituye el universal, a eso, se lo llame en cierto citadísimo texto moderno “desconocido”, pues precisamente lo que allí con ese nombre se apunta es a un “algo” que necesariamente tiene que tener para nosotros modernos ese carácter, en otras palabras: ese desconocimiento nos determina esencialmente, y ello es grave porque fuerza a asumir que el conocimiento siempre comporta finitud, que se trata siempre de reconocimiento y ello parece, precisamente, ir en contra toda la pretensión moderna; y ya con ello se apunta hacia cierta secundariedad de nuestro ámbito, esto es, hacia el reconocimiento de que no podemos ser primarios, o lo que es lo mismo, que la pretensión moderna de primariedad no se sostiene, esto es, que se funda sobre una contradicción. Pues bien, por ser el ámbito moderno aquel en que se exige que para que cada cosa sea esta se convierta en concepto, esto es, que de aquello de lo que se trata siempre admita unos y no otros predicados, que siempre nos las habemos con unos u otros, pero siempre y en cada caso con algo de suyo determinado, por ser ese nuestro ámbito, resulta ciertamente relevante encontrarse con alguna situación que precisamente rehuye continuamente su conceptualización, esto es: algo no susceptible de manifestarse en el ámbito conocimiento y por

ello no conceptualizable. Si a ese carácter lo llamamos bello, y asumimos que al menos de entrada ese es un carácter constitutivo de lo que llamamos obra de arte, lo dicho hasta ahora solo nos autoriza a entender por tal, esto es, por obra de arte, nada más que un desafío conceptual, sin entender con ello nada parecido a un reto para la inteligencia o algo así, algo que aunque muy difícil con suficiente esfuerzo puede ser resuelto; no: más bien lo que con ello se nombra, esto es, con la palabra desafío, es que para esa resolución no hay solución, que nunca queda resuelto, pero ello precisamente en el ámbito en dónde todo tiene que quedar resuelto, eso es lo relevante, algo que rehuye que se lo conozca, algo al que le es inherente que fracase su conceptualización; esto es, un desafío conceptual tomado lo suficientemente en serio para que su propio fracaso sea relevante, y precisamente por ello, algo siempre sospechoso. Pues nunca podemos estar seguros de que no nos estén dando gato por liebre en materia de arte, que aquello tomado como tal resulte ser algo así como un truco, algo ingeniosamente construido; siendo, a su vez, esencial en todo el negocio esa nunca-resolución, ese mantener siempre en pie el desafío conceptual, esto es, en cada caso su propio y continuado fracaso, pues ese es su mismo carácter: nunca se resuelve esa cuestión en cuanto a la obra de arte, solo se zanja la misma resolviéndola en concepto, esto es, dejando de mantener en pie la cuestión, digamos: conociéndola, dejando de ser ello mismo bello. No hay ninguna manera objetiva de distinguir lo uno de lo otro porque no hay predicados definitivos en la obra de arte por ser esta algo esencialmente anterior al ámbito del conocimiento dónde rige el principio de univocidad, es esencial el que nunca se resuelva la cuestión y, por ello, el que la obra de arte sea siempre sospechosa. En otras palabras, se apunta hacia “algo” que reclama, en tanto aquello que “es”, no poder ser situado en el ámbito dónde rige el principio de univocidad sin que pierda su carácter, con la gravedad de que sin embargo ese es el único ámbito que hay, es más, es desde ese ámbito desde dónde de alguna manera se lo reconoce, luego habrá que matizar que ese ámbito que es el nuestro tal vez no sea el “único” que “hay”, en el único sentido que por el momento pueda atribuirse a ese “único” y ese “hay”, a saber, el ya anunciado carácter de no primariedad.

El que se tengan motivos por parte del intérprete o contemplador de la obra para mantener en pie la sospecha de que,

con todo, nos las tenemos ante un desafío, a saber, que de todas maneras aceptamos el envite y por ello no damos por zanjada la cuestión, esos motivos sin duda tienen algo que ver con la dificultad que la cosa obra de arte manifiesta para su serialización, digamos: en cuanto reclama para sí su singularidad que no es sino en el fondo lo mismo que decir que rehuye al concepto; cierto es que esa reclamación no impide la en principio siempre posible reproducción en serie, pero podríamos decir que cuanto más difícil más motivos se tienen para seguir considerándolo como tal. Ahora bien, con ello nos vemos conducidos ante un serio problema, el cual se nos aparece, por de pronto, bajo la pregunta: ¿qué es lo singular en la obra de arte?, pues nada parece impedir que en un momento dado, tal vez, lo singular pueda ser un programa informático o una fotografía, y ello nos pone en un serio problema: puesto que en principio no parece posible excluir del todo el que eso pueda ser una obra de arte, nos vemos reclamados por lo que se ha dado en llamar *el problema de la obra de arte en la época de la reproducibilidad técnica*, pero ahora percatándonos de la gravedad de todo el asunto, pues la cosa es diferente mientras se está hablando de objetos materiales en el sentido, digamos, clásico o usual del término, porque la reproducibilidad de esos objetos materiales siempre será limitada, porque el grado de detalle que hay en ellos, digamos, la información que hay en esos objetos materiales es infinita: siempre se puede ir más al detalle, por muy precisas que se consideren las reproducciones, puesto que caen en el ámbito o espacio empírico; la cosa ya es muy otra si admitimos que pueda llegar a ser obra de arte (aunque como sabemos siempre presunta, por esa sospecha inherente a todo desafío de lo bello) algo cuya plasmación material sea un programa informático, porque ahí, la cantidad de información que hay es finita. Con ello, se dice también que lo inagotable en la exégesis en la obra de arte no es el hecho de que sea inagotable por ser empírico y de esta manera infinito en cuanto al grado de detalle, sino que todo el problema está en eso que hemos llamado figura bella. El problema, gravísimo a este nivel, es de cómo pensar (puesto que no puede excluirse concluyentemente como presunta obra de arte) que aquello generado por un programa informático, de suyo, siempre repetible, pueda desempeñar el papel de obra de arte, pues habrá que ver entonces si nuestros “útiles conceptuales” como “singularidad”, “irreductibilidad”, “inmediatez” etc. no quedan (tal

vez) definitivamente inservibles para nosotros mismos.

Luego parece que, ahora sí, nos las vemos con algo parecido a un corte, un límite; un cumplimiento, un final; y el serio problema es el de cómo tratar esa figura-informática desde el punto de vista de la posibilidad de la obra de arte: ahí empieza a ser verdad en términos muy duros lo que pasa con la obra de arte en el momento en que todo lo que hay es tecnológicamente reproducible, cuando ya no se usa el programa o la foto para reproducir cuadros, sino que se plantea la posibilidad de que el “material” fuese eso mismo, digámoslo aún de otra manera: el problema de hasta que punto puede el espacio informático desempeñar el papel de *húle*.